

## The War that Ended Peace – How Europe Abandoned Peace for the First World War

Margaret MacMillan

Londres, Profile Books, 2013, 699 págs.

y Nueva York, Random House, 2013, 739 pp

En la amplia bibliografía surgida con motivo del centenario del estallido de la I Guerra Mundial, sobresale la obra de la historiadora canadiense, profesora en Toronto y Oxford, Margaret MacMillan. No se trata de un libro académico en el sentido habitual del término. Sin duda, la autora (que previamente había escrito sobre la Paz de Versailles de 1919) utiliza una amplísima variedad de fuentes, que dan cuenta de una notable erudición. Pero su amplio dominio del vasto tema de los orígenes de la guerra, así como su gran habilidad narrativa, la llevaron a escribir una obra que está al alcance de todo lector culto, más allá de los debates entre los historiadores interesados en sustentar diversas posturas teóricas o metodologías de investigación.

La composición del cuadro de circunstancias y factores que llevaron a Europa a precipitarse al abismo de una gran confrontación bélica es una tarea complejísima, que Margaret MacMillan acomete con sorprendente naturalidad, signo sin duda de maestría en el oficio histórico. Por una parte, eran numerosos y gravitantes los factores que hacían improbable, para muchos impensable, la ocurrencia de la tragedia. La interdependencia económica de los grandes países europeos era alta y creciente, de manera que una guerra necesariamente amenazaría los intereses comerciales y financieros de los sectores comprometidos en las cada vez más densas relaciones en este ámbito. La hipótesis bélica aparecía, des-

de este ángulo, como altamente irracional. La cultura dominante era de inspiración liberal, y la creencia, de raíz positivista, en el progreso generalizado parecía extenderse cada vez más, apoyada en importantes logros en el campo educacional. La Exposición Universal de París en 1900 fue una de las mayores expresiones públicas del avance de una nueva civilización material, caracterizada por las revoluciones en el transporte (redes ferroviarias cada vez más extendidas, masificación del motor de combustión interna), las telecomunicaciones (telégrafo), la información (diarios de circulación masiva) y la salud pública (nuevas y mejores prácticas de salubridad e higiene). Junto al progreso material se valoraba la estabilidad política e institucional, que posteriormente inspiraría nostálgicas páginas de escritores como Stefan Zweig, quien evocaría a la seguridad imperante en el Imperio austro-húngaro bajo la monarquía de Francisco José. Las élites europeas estaban estrechamente entrelazadas a nivel de la alta burguesía y la aristocracia; las casas reinantes de Gran Bretaña, Alemania, Rusia y otras estaban unidas por lazos de parentesco en torno a la reina Victoria, que daban a la monarca inglesa un sutil papel moderador y arbitral en los asuntos europeos.

Pero el observador agudo no podía ignorar los nubarrones que comenzaban a oscurecer un cielo hasta entonces despejado. La guerra franco-prusiana que culminó en 1871 dejó una Francia profundamente resentida. El Imperio alemán bajo Guillermo I tuvo en el príncipe Bismarck un estadista de extraordinaria capacidad, que practicó con habilidad consumada el equilibrio del “Concierto europeo”, pero su alejamiento bajo Guillermo II dejó el Imperio en manos menos diestras, bajo un monarca inseguro y volátil. La competencia por adquirir colonias de ultramar en Asia, Africa, el Pacífico y el Medio Oriente comenzó a provocar roces, especialmente en la medida que las potencias que se consideraban atrasadas en esta carrera (Alemania, Bélgica, Italia) buscaban descontar terreno. Los imperios ruso y británico compitieron de manera crecientemente agresiva para expandir “esferas de influencia” en lugares como Persia y otros escenarios de Asia (“The Great Game”), aprovechando, entre otras oportunidades, el debilitamiento del Imperio otomano. En los primeros años del siglo XX, se sucedieron crisis en el norte de Africa, especialmente Marruecos, y posteriormente en los Balcanes, donde Rusia vio oportunidades para un expansionismo “paneslavo”, siendo sus

rivales geopolíticos los imperios otomano y austro-húngaro. La influencia de los militares en el régimen de Guillermo II creció desmedidamente, afectando la conducción de la diplomacia. La facción encabezada por el almirante Tirpitz sostuvo el imperativo de desafiar el predominio naval británico. De esta manera logró que se asignaran grandes aumentos presupuestarios para el desarrollo de la Marina imperial, precipitando a Berlín a una competencia ruinosa de construcción de buques acorazados (“dreadnoughts”), que afectó gravemente el clima de la relación anglo-germana. Las élites conservadoras –pero en realidad prácticamente todos los sectores políticos– sucumbieron a las ideologías nacionalistas. La aceptación de la guerra como medio de resolución de diferencias políticas entre los estados era general, acaso porque se creía que los enfrentamientos bélicos serían –como en el siglo XIX– más bien breves y limitados. La influencia del “darwinismo social” fue negativa, llegándose a pensar que la guerra podía ser un ejercicio saludable para una colectividad, que podría motivarla a ejercitar los rasgos propios de la virilidad, la disciplina y la cohesión social, ayudando a combatir los vicios, la pereza y las debilidades de la sociedad. Solamente pequeñas minorías y voces individuales, que la autora de la obra destaca particularmente, alertaban acerca del peligro de una conflagración de grandes proporciones. Pero una confrontación sangrienta como fue la guerra de los Boers en Sudáfrica, donde se usaron ampliamente nuevas armas, como la ametralladora, no bastó para cambiar el clima de opinión.

Dentro del eclecticismo de la autora, es manifiesta su inclinación por rescatar el papel de los actores individuales en posiciones de liderazgo:

“Sin duda que las fuerzas, ideas, prejuicios, instituciones y conflictos, son todos factores importantes. Pero –así y todo– quedan los individuos, que al final no fueron tantos, que tuvieron que decir sí, vamos adelante y que se desencadene la guerra o no, hasta aquí ..... Retrospectivamente, fue la tragedia de Europa y del mundo que ninguno de los actores claves de 1914 hubieran sido líderes grandes e imaginativos, con el coraje para enfrentar las presiones bélicas que se estaban acumulando.” (p. xxii, edición inglesa). “There are always choices” (p. 605, edición inglesa) es la última sentencia del Epílogo, “The War”.

Al enfatizar los protagonismos individuales en los más altos niveles políticos, diplomáticos y militares, la autora no postula

que los actores políticos operaran en un vacío. Gran parte de la obra se dedica a caracterizar los perfiles individuales en los respectivos contextos sociales (hasta las circunstancias domésticas y familiares), históricos, institucionales y psicológicos (individuales y colectivos) que condicionaron a monarcas, ministros, consejeros, generales y embajadores. Para ello, la autora utilizó una amplia variedad de fuentes historiográficas, tanto de reciente publicación como testimonios de la época (en los años 20 se publicaron numerosas memorias y autobiografías, muchas de ellas autojustificaciones de las acciones u omisiones de los principales personajes).

Sobre esta base, se desarrolla en la obra la dramática aproximación a los eventos de fines de junio a comienzos de agosto de 1914. La historia parte mucho antes, caracterizando la escena europea de 1900, pasando por sucesivos entrelazamientos de las diplomacias de grandes y pequeñas potencias y sus interacciones –crecientemente conflictivas- en escenarios cambiantes, europeos y no europeos. Eventualmente, los alineamientos político-estratégicos se volvieron cada vez más rígidos, menos susceptibles a las maniobras de la diplomacia tradicional, y más condicionados por los preparativos de los estados mayores militares. El Imperio austro-húngaro confió de manera creciente en la garantía de la solidaridad alemana; se llegó a hablar de un “cheque en blanco” de Berlín. Francia, con sus credenciales republicanas, cedió ante los imperativos geopolíticos de una alianza con el ultraconservador Imperio ruso. El papel de los cuantiosos préstamos de la banca francesa a Rusia – gran economía emergente de la época- puede ayudar a entender esta paradoja. La percepción de amenaza alemana –alimentada por la competencia naval- acercó a Londres a este alineamiento, aunque la diplomacia de Sir Edward Grey procuró –casi hasta el final, y con elevados costos políticos- mantener cierta libertad de acción de los británicos frente a las pugnas continentales. Pero la máxima de oponerse al surgimiento de una potencia dominante en el continente europeo terminó imponiendo su peso en los cálculos británicos. Los actores menores, como Serbia, Rumania y Bulgaria manipulaban, en la medida de lo posible, a los actores principales para sus propósitos particulares. Pero el “ultimátum” de Viena a Belgrado después del doble crimen de Sarajevo estaba redactado en términos que no cabía una aceptación sin sacrificar la soberanía de Serbia.

Hacia el final del período pre-bélico, los actores diplomáticos presionaban por mantener algunos espacios de maniobra

política, al mismo tiempo que se sentían cada vez más cautivos de planificaciones militares rígidas (en las que los transportes ferroviarios tenían papeles centrales). Eventualmente se impondría la percepción que las órdenes de movilización eran más que alistamientos para el combate, constituyendo de hecho decisiones irreversibles de ir a la guerra. Se llegó a descartar como no factible un plan alemán alternativo, de librar la guerra solamente en el frente oriental, que podría haber conjurado la amenaza de intervención británica en defensa de la pequeña y neutral Bélgica. Las respectivas declaraciones formales de guerra quedaron reducidas a la condición de meros trámites, con sus secuelas de rupturas de relaciones y evacuaciones de personal. Imperaba aún cierta confianza en que la guerra sería corta: en agosto de 1914, muchos soldados pensaban que estarían de regreso en casa en Navidad. Esta creencia pronto sería desmentida por las trágicas realidades de los campos de batalla, donde las estrategias ofensivas se vieron rápidamente contrarrestadas, especialmente por la respuesta letal de la artillería de las fuerzas de defensa. La guerra de desgaste, particularmente en el frente francés, cobró millones de víctimas.

Eventualmente, la conflagración se extendería ampliamente, lo que amerita hablar no solo de “Gran Guerra” sino de “Guerra Mundial”. Particularmente relevantes fueron las intervenciones de Estados Unidos y la declaración de guerra de Japón a Alemania, que sirvió para expandir el poder político y militar nipón en el Este de Asia. El relato de las hostilidades es solamente un epílogo del relato de la profesora MacMillan, cuyo aporte fundamental está, sin duda, en la construcción de una narrativa coherente de hechos y decisiones que condujeron a la gran conflagración, sellando el término del “Concierto europeo” que había operado durante un siglo (1815-1914).

Como ya se señaló, la autora ha examinado las bases de la diplomacia de postguerra o, si se quiere, de “entreguerras” (Versailles, 1919). A la luz de la alta calidad del relato que comentamos, sería de gran interés que Margaret MacMillan extendiera su análisis a las consecuencias de la I Guerra Mundial, a las proyecciones de este gran conflicto que echó las bases de la gran trama de las siguientes décadas de historia europea y global.

*Manfred Wilhelmy*